

Unidad 4

- Confesión y Estructura Social

4.1 Los credos religiosos

4.2 Profesiones y protestantismo

I—CONFESION Y ESTRUCTURA SOCIAL

Al disponernos a examinar las estadísticas profesionales de países en los que existen credos religiosos, sobresale con mucha frecuencia (1) un fenómeno, motivo de vivas controversias en la prensa y la literatura católicas, así como en congresos de católicos alemanes: (2) es la índole por excelencia protestante que se distingue en las propiedades y empresas capitalistas y, también, en las esferas superiores de las clases trabajadoras, sobre todo del alto personal de las empresas modernas, con más experiencia técnica o comercial. (3) Dicho fenómeno se refleja en cifras de las estadísticas confesionales, allí donde las diferencias de confesión coinciden con las de nacionalidad y, por consiguiente, con el distinto nivel de desarrollo cultural (de la misma manera que en la Alemania oriental acontecía con alemanes y polacos), como, por lo regular, allí donde el progreso capitalista en el periodo de su mayor apogeo tuvo poder para organizar la población en clases sociales y profesionales, a medida que las requerían. Y, ¿cuál puede ser el motivo de esta intervención algo más considerable, de este porcentaje superior de acuerdo a la totalidad de la población, con el que los protestantes toman parte en la posesión de capital (4) y en la dirección, así como también en los puestos más encumbrados en el trabajo de las empresas de mayor categoría tanto en la industria como en el comercio? (5) Ello se debe, en parte, a motivos históricos, (6) cuyas raíces se encuentran en el remoto pasado y en los cuales su apego a un determinado credo religioso no aparece como causa de fenómenos económicos, antes como el resultado de ellos. El ejercicio de esas funciones da por admitido la posesión de capital o la educación ciertamente costosa, así como ambas a un tiempo, con bastante frecuencia. En la actualidad, se presenta enlazada a la posesión de la riqueza hereditaria o, por lo menos, a una situación más o menos confortable. Justamente, muchos de los habitantes de una gran parte de las tierras más ricas del Reich, a las que la naturaleza ha favorecido de preferencia, amén de su privilegiada posición geográfica, tan determinante para la actividad comercial, y cuyo desenvolvimiento fue el mejor logrado en el orden económico, de manera especial en la mayoría de las más ricas poblaciones, se habían convertido al protestantismo en el siglo XVI, pudiendo asegurarse, aún en la actualidad, los benéficos resultados de esa conversión, para los protestantes, en la lucha económica por la

vida, bien que, ante este hecho singular, se presenta esta disyuntiva histórica: ¿por qué en dichas tierras, las más adelantadas económicamente, existía allí, precisamente, tan singular tendencia para una revolución eclesiástica? Posiblemente alguien creerá que la respuesta es fácil, mas no es así. Evidentemente, la ruptura con el tradicionalismo económico da la impresión de ser el excepcional momento propicio para que en el espíritu surja la duda ante la tradición religiosa y decida enfrentarse a las autoridades impuestas por la tradición. Aquí es conveniente tener presente un hecho tal vez olvidado: la supresión del dominio eclesiástico sobre la vida no era el espíritu de la Reforma, antes bien el anhelo de cambiar la forma de aquel poder por otra distinta. Es más, sustituir un poder demasiado suave, casi imperceptible en la práctica y, en efecto, próximo a lo puramente clásico, por otro que debería intervenir con mucha más intensidad en todos los ámbitos de la vida pública y privada, estipulando una regulación onerosa y con meticulosidad en la conducta personal. Hoy en día hay pueblos que, no obstante su cariz económico totalmente moderno, toleran el dominio del clero católico —“que castiga al hereje, si bien es benévolo con el pecador”, lo cual se hizo aún más evidente en aquel entonces que ahora—, como lo toleraron las naciones en extremo ricas, en constante auge económico, significados en las postrimerías del siglo XV. Por el contrario, entre nosotros no cabe imaginar una forma más intolerable de dominio eclesiástico sobre la vida individual, como habría de serlo el calvinismo, en el siglo XVI, tanto en Ginebra como en Escocia y en gran parte de los Países Bajos antes de terminar aquél y en el curso del siguiente, y también en la Nueva Inglaterra y aun en la propia Inglaterra durante parte del siglo XVII, de igual manera como lo vivieron en el amplio territorio del antiguo patriciado de aquella época en Ginebra, Holanda e Inglaterra. No se trata de que aquellos reformadores —originarios de las naciones con más avance económico— encontraran precisamente condenable el abuso del poder eclesiástico-religioso, sino justo lo contrario. ¿Cuál será, pues, la razón de que precisamente estas naciones que gozaban de tanto auge económico, incluyendo en cada una la incipiente clase media burguesa, fueran las que, además de aceptar esa tiranía puritana hasta entonces ignorada, tomaran en su defensa un heroísmo del cual la burguesía no había antes dado indicios y tampoco los ha dado después, salvo en muy raras ocasiones: *the last of our heroism*, como Carlyle ha dicho con justa razón?

De manera clara podemos observar, no obstante lo dicho, que así como es comprensible el mayor concurso de los protestantes en la posesión del capital y en la dirección de la moderna economía, como evidente resultado de la mejor situación económica que han sabido sostener al correr del tiempo, es posible señalar otra índole de acontecimientos en los cuales se revela, patentemente, sin duda, una inversión de este nexo causal. Entre otros ejemplos, para sólo citar el más destacado, recordemos la noto-

ria diferencia que se deja ver en la clase de enseñanza que los hijos de padres católicos reciben de éstos, comparándola con la de los protestantes, fenómeno que por igual se manifiesta en Baden o Baviera que en Hungría, por ejemplo. Es comprensible —tomando en cuenta la economía insinuada— que el monto de católicos entre discípulos y bachilleres de los centros de enseñanza superior no corresponde a su proporción demográfica.(7) Pero es el caso que entre los bachilleres católicos ocurre, también, que el porcentaje de los que asisten a los modernos planteles de enseñanza, dedicados primordialmente a la base del estudio técnico y de las profesiones en el campo industrial y mercantil, en general, que viene a ser de manera específica una profesión propia de burgueses (como en los conocidos Realgymnasien y Realschule, escuelas superiores civiles, etcétera), es evidentemente inferior al de los protestantes, (8) pues los católicos tienen preferencia por aquella enseñanza de carácter humanista que imparten las escuelas que se basan en la formación formal. Veamos, ahora: la explicación de este fenómeno no es similar a la del anterior; debe considerarse la causa en un sentido inverso para aclarar por él (aunque no únicamente por él) la participación de menor número de católicos en la vida capitalista. Pero aún es más sorprendente otra observación que viene en auxilio, indudablemente, para encontrar la razón por la cual los católicos toman parte en menor proporción en las esferas instruidas del elenco trabajador de la industria modernista. Es bien sabido que las fábricas alimentan las filas de sus trabajadores mejor adiestrados, con operarios extraídos de los pequeños talleres de los cuales proceden y en los que se han forjado profesionalmente, alejándose de éstos cuando se sienten con suficiente capacidad. Mas ello acontece con mayor frecuencia entre los protestantes que entre los católicos, ya que éstos demuestran una dedicación más tenaz a persistir en el oficio, llegando a merecer la maestría, en tanto que los otros, en mayor número, eligen el trabajo en las fábricas y escalan los cargos altos del proletariado entendido y de la burocracia de la industria. (9) Estos casos demuestran que el adiestramiento de una habilidad personal, dirigida bajo el influjo de un ambiente religioso, tanto patriótico como familiar, ha determinado la elección profesional y, consecuentemente, todo el destino de una vida, y en ella ha consistido, pues, la relación causal.

En el moderno capitalismo alemán, esa menor intervención de los católicos se nos presenta tanto más sorprendente por cuanto que demuestra que está en contradicción con una experiencia común en el curso del tiempo, (10) esto es: que las minorías nacionales o religiosas puestas en calidad de “oprimidas” frente a otros grupos calificadas como “opresores”, debido a que, por propia voluntad o irremediabilmente se ven excluidos de los puestos influyentes en la política, emprenden por costumbre la actividad industrial, que favorece a sus miembros mejor capacitados a convertir en realidad un deseo en cuyo logro no puede ayudar el Estado teniéndolos a su servicio. Eso quedó palpable-

mente demostrado con los polacos, tanto en Rusia como en la Prusia oriental, donde impusieron los adelantos económicos, incapaces de implantarlos en la Galitzia, bajo su dominación, lo cual había ocurrido anteriormente en Francia con los hugonotes, en tiempos de Luis XIV, así como en Inglaterra con los conformistas y los cuáqueros, y —*last not least*— desde hace dos mil años, con los judíos. Por el contrario, no encontramos un fenómeno similar, perceptible, al menos, por sus peculiares características, entre los católicos alemanes acerca de los cuales no podemos decir que mostraron, tampoco, un especial avance económico a diferencia de los protestantes en periodos remotos en los que en Inglaterra o en Holanda eran perseguidos o sólo soporados. Es más pronto que los protestantes (en especial en una que otra de sus confesiones, como veremos más adelante), tanto en calidad de oprimidos u opresores, como en mayoría o minoría, han revelado siempre una singular inclinación hacia el racionalismo económico, inclinación que no se manifestaba entonces, como tampoco ahora, entre los católicos en ninguna de las circunstancias en que puedan hallarse. (11) La causa de tan disímil conducta habremos de buscarla no sólo en una cierta situación histórico-política de cada confesión (12), sino en una determinada y personal característica permanente.

Antes que nada habría que dilucidar la problemática, investigando cuáles son o fueron los elementos de las características confesionales que actuaron o actúan, en parte, en la dirección de referencia. Podríamos intentar la explicación de la antítesis, desde un punto de vista superficial y moderno, afirmando que el mayor “distanciamiento del mundo” católico, el cariz ascético peculiar de sus más altos ideales, tiene que ejercer su influjo en el espíritu de sus fieles con respecto a un despego ante los bienes terrenales. En tal explicación podría hallarse la coincidencia con el popular esquema que sirve en la actualidad para juzgar las dos confesiones. En cuanto a los protestantes, éstos se valen de dicha concepción para censurar el idealismo ascético, real o supuesto, de la vida del católico, a lo cual éste responde reprobándole el espíritu materialista, que podría tomarse como resultado de la campaña de instrucción laica de toda la compilación vital llevada a término por el mundo protestante. Nos valemos de la fórmula lograda por un escritor moderno cuya intención fue dar, precisamente, la explicación acerca de la conducta observada, opuestamente, en la vida industrial de ambas confesiones: “El católico... siendo el más tranquilo, el menos dotado de afán adquisitivo, tiene preferencia por una vida bien asegurada aunque los ingresos en ella sean de menos cuantía que los que pudiera redituarle una vida de incesantes peligros y exaltaciones tras los honores y las riquezas adquiridos eventualmente. Si analizamos el refrán que reza: comer bien y dormir tranquilo, vemos que el protestante es quien se decide por lo primero, en tanto que al católico le gusta más dormir tranquilo”. (13) Con eso de “comer bien”, podemos, de hecho, hablar acertadamente, siquiera en parte, de la motivación principal de

las zonas más diferentes en cuanto a la religión del actual protestante alemán, exclusivamente de éste. Lo que ocurría en los tiempos idos era del todo distinto: los puritanos ingleses, holandeses y americanos se caracterizaban, sin duda, por un sentimiento de amor al mundo opuesto totalmente. Este era, con exactitud, uno de los rasgos más peculiares y de mayor importancia. Además, hemos de tomar en cuenta que en el protestantismo francés permaneció por largo tiempo (y, en cierto modo, aún permanece) el sello que se dio a las iglesias calvinistas, de manera general, y, sobre todo, a las “bajo la cruz”, en la época de las luchas por la religión; sin embargo —podríamos preguntarnos si no es por eso mismo—, considerando lo poco permitido por la persecución, fue y es uno de los puntos de apoyo más consistentes de la evolución económica y capitalista francesa. Si se ha dado en llamar algo así como “alejamiento del mundo” a dicha sobriedad y al severo predominio de los intereses de la religión en la conducta práctica, los calvinistas franceses están, siquiera, tan alejados del mundo como los católicos alemanes del norte, cuyo espíritu católico es más hondo y sincero que en ningún otro pueblo del orbe. Y ambos se distinguen de los bandos religiosos dominantes en sus respectivos países: el de los franceses católicos amantes del buen vivir en las esferas más bajas y de un modo directo anticlerical en las de arriba, y el de los protestantes alemanes, que se hallan dominados en las esferas superiores por la terrenal ambición de lucro, en tanto que, por la religión no sienten ningún interés. (14) Es uno de los hechos que más claramente evidencian que con la vaguedad de tales ideas del supuesto distanciamiento del mundo de los católicos y algo más por el estilo, no se llega a ninguna parte, pues, con tanta vaguedad hay suposiciones que pueden tener aún validez en la actualidad y, en parte, nunca la tuvieron en lo pasado. Por cuya razón, si se pretendiera recurrir a ellas, habría que dar cabida a otra serie de conjeturas que vienen en mente de inmediato e, inclusive, habría motivo para pensar en que toda esa contradicción sin esclarecer entre alejamiento del mundo, sobriedad y espíritu religioso, por una parte, y la colaboración en la actividad capitalista, por otra, no debería convertirse más bien en un estrecho lazo.

En efecto, lo primero que causa extrañeza —para dar principio a la enumeración de alguno que otro elemento puramente externo— es la gran cantidad de representantes de las más auténticas y profundas formas del cristianismo, surgidas realmente de los grupos mercantiles. De manera particular el pietismo debe reconocer este origen en gran parte de sus adeptos de observancia más rigurosa. Sería fácil imaginar que el “mammonismo” actúa como agente, para producir la revulsión en ciertas naturalezas internas y algo impropias para la profesión mercantil; y, con certeza, se originó de manera subjetiva tanto en Francisco de Asís como en los pietistas con el carácter de “advenimiento de la conversión”. Asimismo, cabe entender el fenómeno no tan

asíduo y raro —hasta el caso de Cecil Rhodes— de que las casas parroquiales, en su mayoría, se hayan convertido en el núcleo creador de empresas capitalistas de altos vuelos, lo cual bien pudiera interpretarse como una consecuencia en la actitud ascética de la juventud. Mas, este juicio es inexacto cuando, simultáneamente, surge en una persona o colectividad la “virtud” capitalista del sentido del negocio y una forma intensa de religiosidad, que inunda y regula todos los actos de la vida. Claro está que esto no ocurre sólo en casos aislados, sino que viene a constituir, precisamente, un signo peculiar de grupos, en su totalidad, de las más importantes sectas y templos del protestantismo, especialmente en el calvinismo, en cualquiera de los lugares donde haya surgido. (15) En los tiempos en que ocurrió la expansión de la Reforma, ni el calvinismo ni ninguna de las demás confesiones religiosas se vinculó a una determinada clase social; sin embargo, es característico, y podríamos decir que un tanto “típico”, que en las iglesias hugonotes, de Francia, por ejemplo, la mayor parte de sus prosélitos estaba formada por monjes e industriales (comerciantes, artesanos), especialmente en el periodo de la persecución. (16) Ya los españoles estaban conscientes de que “la herejía” (aplicada al calvinismo) “era benéfica al espíritu comercial”, teoría que sostuvo enteramente sir W. Petty en su alegato acerca de las razones del crecimiento capitalista en los Países Bajos. Concedemos la razón a Gothein (17) al calificar a la Diáspora calvinista en su calidad de “vivero de la economía capitalista”. (18) Es posible atribuir en esto, como elemento decisivo, la superioridad de la cultura francesa y holandesa en el terreno de la economía, de la cual nació precisamente, esa Diáspora, así como el poderoso influjo del destierro y la violencia en la ruptura de las relaciones tradicionales. (19) No obstante, de igual manera acontecía en Francia, en pleno siglo XVII, según lo demuestran las luchas de Colbert. También Austria —aparte de otros países— trajo consigo algunas veces directamente fabricantes protestantes. Pero, no se puede decir que todas las sectas protestantes hayan actuado con el mismo ímpetu en esa dirección. Por lo que respecta al calvinismo, probablemente su actuación en Alemania tenía la misma significación; por excelencia provechosa debió ser la confesión “reformada”, (20) para la expansión del espíritu capitalista, si entablamos una comparación con otras confesiones, ya sea en Wuppertal o en otros lugares, claro está que un tanto más que el luteranismo como lo demuestra la confrontación general y en sus pormenores, particularmente en Wuppertal, (21) lo cual ha sido corroborado por Buckle, en Escocia y, en especial, por Keats entre los poetas ingleses. (22) Hay algo más digno de mencionarse: el nexo evidente entre la detallada norma religiosa de la vida y el desenvolvimiento más agudo del espíritu comercial, muy particularmente en la mayor parte de las sectas en las cuales el llamado “alejamiento del mundo” les es tan propio como la abundancia; y aquí debemos mencionar, muy particularmente, a los cuáqueros y

menonitas. Y así como aquéllos jugaron su papel en Inglaterra y Norteamérica, fueron los menonitas quienes lo representaron en Alemania y los Países Bajos, siendo un caso insólito que en la Prusia oriental el propio Federico Guillermo I los considerase como factores imprescindibles del avance de la industria, no obstante haberse negado, rotundamente, al servicio militar. Este hecho es uno más que apoya la afirmación y, obviamente, uno de los más peculiares, dada la naturaleza de aquel monarca. Es bien sabido, también, que entre los pietistas estaba en vigor la unión de la piedad más vehemente con el cultivo del sentido y el triunfo del comercio. (23) Puede ser suficiente evocar el estado de Renania, o a Calw, entre otros muchos ejemplos, pues no es necesario recurrir a otros sólo eventuales. Con lo dicho queda, sin duda, demostrado el espíritu de “laboriosidad”, de “avance”, según como se quiera decir, y no puede confundirse con el habitual significado de “amor al mundo”, o de ilustrado, ni con otro cualquiera. El protestantismo de Lutero, Calvino, Knox y Voët, en sus inicios, casi nada tenía en común con lo que ahora se conoce por “progreso”. Indudablemente, era contrario a muchos aspectos de la sociedad moderna, a los cuales les sería difícil renunciar a ellos en la actualidad, por más leal que sean a su credo. Además, si pretendemos hallar un nexo entre ciertas manifestaciones del protestantismo y de la cultura capitalista moderna, no será en el “amor al mundo” (supuestamente imaginado) en mayor o menor grado materialista (diríamos opuesto al ascetismo), sino, con más exactitud, en sus características netamente religiosas. Montesquieu, en *Esprit des lois* (libro XX capítulo VII) dice que los ingleses son quienes “más han contribuido, entre la totalidad de los pueblos del mundo, con tres elementos de suma importancia: la piedad, el comercio y la libertad”. ¿Hay coincidencia real entre su superioridad en el orden industrial —así como en su inclinación a la libertad— con aquel espíritu piadoso que Montesquieu les atribuye?

Si nos proponemos dilucidar la cuestión en dichos términos, habremos de tropezar de inmediato con otras muchas respuestas tan intuitivas confusamente como importantes. El objetivo nuestro debe ser, ahora, concretar lo intuido confusamente a fin de que podamos aclararlo hasta lo máximo y que nos pueda ayudar ante la inagotable dificultad de cualquier problemática histórica. Para el logro se requiere, antes que nada, dejar a un lado las vagas suposiciones de las que nos hemos valido hasta aquí, y hacer lo posible por introducirnos en lo más característico de aquellos magníficos ideales de religión en los que el cristianismo se ha fundamentado históricamente.

Sin embargo, se requirieren aún, previamente, algunas consideraciones: antes que nada, acerca del distintivo propio del objeto en cuya explicación estamos interesados; luego, acerca del sentido que podamos hallar en la posible explicación, sin que nuestras investigaciones se salgan del círculo que las ciñe.

“ideal de la vida” de la moderna sociedad burguesa: el concepto de que el trabajo es un medio del que se vale la racionalización del aprovisionamiento de bienes materiales para la humanidad, ha existido siempre en la mente de quienes representan el “espíritu capitalista” como uno de los objetivos que han señalado directrices a su actividad. Para llegar al convencimiento de esta verdad, basta un ejemplo: el relato de Franklin acerca de sus esfuerzos en favor de los *improvements* comunales en Filadelfia. El empresario moderno siente una determinada y vital satisfacción con visos de indudable “idealismo”, por el gusto y la vanidad de “haber proporcionado trabajo” a muchas personas y de haber contribuido al “florecimiento” de la ciudad nativa, en el doble sentido censatario y comercial dado por el capitalismo. Consecuentemente, uno de los atributos de la economía privada capitalista es, también, el hecho de estar racionalizada con fundamento en el más riguroso cálculo, de encontrarse ordenada, con proyectos y severidad, así como al logro del triunfo económico deseado, opuestamente a la manera de vivir del campesino que gasta al día únicamente aquello de que dispone, a la insólita moderación del viejo artesano y al “capitalismo aventurero”, que se acoge preferentemente a la victoria política y a la especulación irracional.

Así, pues, tal parece que sería más comprensible el desenvolvimiento del “espíritu capitalista” como un caso singular del desarrollo del racionalismo, descifrable debido a la posición de éste frente a los últimos problemas de la vida. Entonces, el protestantismo interesaría únicamente como anticipo de las concesiones racionalistas de la existencia. Esto supuesto, si procedemos a investigar hondamente, verificaremos que es imposible simplificar las cosas hasta ese punto, ya que el racionalismo no ofrece, en absoluto, el carácter de un desarrollo progresivo paralelamente en todos los planos de la vida. La racionalización del Derecho privado, tomándolo como ejemplo, considerada como compendio y mandato conceptual de la materia jurídica, se pudo lograr, en su forma más evolucionada, por el Derecho romano perteneciente a la época del Imperio, en tanto que en aquellos países económicamente más racionalizados, como Inglaterra, se quedó mucho más atrás; el renacimiento romanista adoptado por los más destacados juristas ingleses fracasó en sus manos, en tanto que resultó efectivo en las naciones católicas del sur de Europa. La filosofía laica y racionalista del siglo XVIII no llegó a su plenitud con carácter exclusivo, y de ningún modo dominante en las naciones más adelantadas económicamente: en los países católico-romanos el volterianismo continúa siendo patrimonio de las capas superiores y medias —lo cual es, prácticamente, de mayor importancia—. Si por “racionalismo práctico” queremos entender aquella manera de comportarse que relaciona, con plena conciencia, el mundo a los intereses terrenales del yo particular y se vale de ellos como la medida de toda valoración, semejante estilo de vida es aún en la actualidad el sello característico

de las naciones del *liberum arbitrium*, como Francia e Italia, plasmado en la sangre que circula por sus venas; de un modo opuesto, sería más convincente la idea de que semejante racionalismo no puede considerarse un terreno fértil para que florezca en él esa relación del individuo con su “profesión” en el sentido que corresponde a un misionero, requerida por el capitalismo. En calidad de divisa en toda investigación acerca del racionalismo debería aplicarse este sencillo principio, frecuentemente olvidado: es factible “racionalizar” la vida desde los puntos de vista más opuestos y en las direcciones más diversas. El “racionalismo” es una idea histórica, que incluye un sinfín de contradicciones, y nos es necesario investigar qué espíritu engendró aquella forma concreta del pensamiento y la vida “racional” de la cual procede la idea de “profesión” y la consagración tan abnegada (aparentemente tan irracional visto con el propio interés eudemonístico) a la actividad profesional, que sigue siendo por igual uno de los factores peculiares de nuestra civilización capitalista. Nuestro interés reside, precisamente, en este factor irracional que se oculta en aquél y en toda idea de “profesión”.